

EL SALON EN 1879-1880

IMPRESIONES DE UN AFICIONADO

ARTICULO PUBLICADO EN EL DIARIO LA LIBERTAD

MEXICO

IMPRESIONES DE UN AFICIONADO

1880

EL SALON EN 1879-1880

IMPRESIONES DE UN AFICIONADO

I

Después de haber salido de la antigua Academia de San Carlos, después de visitar la Exposición de las obras de Bellas Artes, con el ánimo rebotando esperanzas. Esta frase *México es la Italia del Nuevo Mundo*; á fuerza de resonar en nuestros oídos, ha llegado á adquirir el rango de un axioma y á producir en algunos una especie de infatuación. En cambio, ella tiene la culpa de que suframos frecuentemente extrañas decepciones.

Cada año que pasa, y es natural, espera uno sorprenderse con una maravilla de Arte, que venga á confirmar la regla de que todo progresa en este mundo, y á consolarnos pensando que es-

tamos en materia de Pintura, de Escultura, de Grabado, en el período de la ascension, puesto que la Edad de Oro de estas Artes no ha brillado todavía para México.

Y cada año que pasa, nuestras aspiraciones y nuestros deseos caen como hojas secas.

Me ha ocurrido preguntar á algun aficionado más viejo que yo, y aun á personas perspicaces y observadoras, en qué consiste semejante fenómeno, deseando vivamente que me contestaran que consistía en una aprension infundada de mi parte.

No; casi todas esas personas están de acuerdo conmigo en la apreciacion, y solo difieren en las causas que asignan al estancamiento artístico indicado. Unas lo atribuyen á la falta de porvenir que tienen en nuestro país el pintor, el escultor, el grabador y el arquitecto, porque nadie los protege. ¿Será esto verdad?

Examinémoslo: En primer lugar, los gobiernos de México es cierto que no consagran en sus presupuestos anuales una gran cantidad para establecer concursos, para erigir estatuas, para formar una galería histórica, para dar trabajo productivo á los artistas; pero há mucho tiempo que hacen lo que pueden para sostener una Escuela Nacional de Bellas Artes, para alentar á los alumnos que se dedican al estudio elemental de estas, pensionando á los más aprovechados en la misma Escuela, enviando á otros á estudiar en los Museos de Europa y facilitándoles, en suma, la manera de obtener posicion y renombre.

En segundo lugar, hay que advertir que nuestro Erario, á causa de su constante pobreza, no podría, sin desatender á ramos preferibles, á la industria y á las mejoras materiales por ejemplo, subvencionar obras que son en la vida nacional lo que es el lujo en la vida privada. Por otra parte, los artistas, así como los industriales, los comerciantes y los que se dedican á las mejoras materiales, no deben esperar todo del Gobierno.

Este es un error que nos ha causado y nos causará todavía muchos males; entraña absurdos económicos que matan la emulacion que debe despertarse en las clases laboriosas por el esfuerzo individual, y por último, es un error que, aceptado como se está aceptando, engendra un desaliento profundo en unos, ó

hace depender á otros del peor de los aviadores: del Tesoro Público.

Ya se ve, pues, que los gobiernos no pueden ser la causa de que las Bellas Artes se mantengan estacionarias en México.

¿Se trata del público? Hay más razon para quejarse de él. Nuestros ricos gustan más de adornar sus casas con muebles suntuosos que con buenas obras de Arte. Los industriales mexicanos y los comerciantes extranjeros, que son los aprovechados, se felicitan de ello. Nuestros artistas no concurren al adorno de las casas ricas, y se quejan. Lo peor es que ni los artistas europeos tienen mejor suerte con nuestros hombres adinerados. Es rarísimo encontrar en una casa opulenta de México una galería de pinturas; es rarísimo encontrar en un salon un cuadro valioso, un bronce exquisito, un mármol notable, siquiera un grabado de mérito. Fotografías no siempre buenas, juguetes de zinc, muñecos de pasta, hé aquí los adornos que se creen de buen gusto.

Por este lado los artistas tienen razon. Pero en cambio hay en México no pocos hombres de posicion mediana que rinden culto al Arte y que hacen gustosos un sacrificio por obtener una obra bella. Tales hombres bastan para estimular el talento de los artistas. Además, la prensa, es necesario hacerle justicia, se encarga y se ha encargado siempre con empeño de popularizar un trabajo de valor cuando se ha presentado en nuestras Exposiciones. La crítica ha sido benévola en demasía, lo que suele ser dañoso á los jóvenes pintores y escultores, pues les hace formarse una idea exagerada de sus obras y creerse en la cumbre de la perfeccion artística, enamorándose así de sus defectos como de otras tantas bellezas, y deteniéndose en su aprendizaje, que no debe tener por término más que la muerte ó la retirada del taller.

Pero, como se ve, los particulares, la prensa, los hombres pensadores dispensan tambien la proteccion que pueden á las Bellas Artes. En cuanto á la masa general del público, puede tener mal gusto, y lo tiene en efecto; eso depende de su falta de cultura intelectual; pero toca á los artistas precisamente educarla como la han educado en Europa desde la época del Renacimiento hasta nuestros dias. La tarea es larga, pero debe emprenderse sin des-

canoso. ¿Acaso Leonardo de Vinci y los predecesores de la Regeneración del Arte en Italia encontraron á un público ya dispuesto? Para hacer caer las tradiciones bizantinas y el culto que se les tributaba, se ha necesitado de más genio y energía que para destruir las obras divinas del Arte griego. Ya se sabe que el mal gusto resiste más que el bueno. Pero es una verdad que los pintores y los escultores, lo mismo que los poetas, los músicos y los actores, forman al público, y luego este, ya despierto á los goces del bello ideal, educa á su turno á los artistas. Es una enseñanza mútua. La protección, pues, que los artistas en México deben solicitar del público, es de atención y de benevolencia por ahora. Si no encuentran compradores para sus obras aquí, no les sería difícil encontrarlos en los Estados Unidos, donde el gusto artístico ha hecho progresos rápidos, donde millares de capitalistas adquieren á precios subidos los cuadros de Meissonier y otros pintores de nota europeos, y donde los nuestros hallarían acogida, con tal de que fuesen buenos. Ya en este siglo el genio y el talento no sucumben en la oscuridad. Que haya trabajos bellos, y habrá compradores.

Pero aun cuando no los hubiera, aun cuando los artistas realmente tuvieran por único porvenir la miseria, esta sería razón para que hubiera pocos, pero no para explicar la parálisis artística que lamentamos. En Italia, dice un clásico historiador de la pintura italiana, los pintores eran tan pobres, que para ponderar la indigencia de algún individuo se decía que era *miserebile com'un pittore*, lo que equivale á la frase de nuestros días: *pobre como una rata de iglesia*.

Y sin embargo, esos pobres pintores fundaron las admirables escuelas de Roma, de Florencia, de Bolonia y de Venecia, hicieron renacer las Artes y dotaron á la Italia entera con obras maestras inmortales. La pobreza, por otra parte, no ha sido nunca en la Ciencia, en la Poesía y en las Bellas Artes, motivo bastante para detener el vuelo del genio.

Algunas otras personas atribuyen á nuestras revoluciones nuestra situación artística, como si las Artes Griegas no hubieran florecido en medio de las tempestades de la guerra, como si

el Renacimiento en Italia no se hubiera verificado en medio de revoluciones y de luchas internacionales, y á pesar de las dificultades provocadas por la Reforma, y como si la Escuela flamenca no hubiera echado sus cimientos durante la porfiada guerra de independencia sostenida por los Países-Bajos.

Es muy común decir que á la sombra de la paz florecen las Bellas Artes; pero se olvida que el genio de los grandes artistas debe á la agitación y á la lucha sus más bellas inspiraciones.

Yo creo que todas las razones que llevo indicadas y que se alegan para explicar la falta de progreso en nuestras Bellas Artes, son tristes paradojas que no resisten un análisis detenido.

Finalmente, hay quienes achacan al método de la Academia la pobreza de las obras nacionales. Dejo al juicio de los lectores la resolución de este problema, y entretanto voy á dar cuenta de mis impresiones de aficionado en la Exposición que aún se halla abierta en la Escuela de Bellas Artes.

Debo comenzar estableciendo de antemano que no he tenido la fortuna de viajar, y que por consiguiente no conozco los Museos que ostentan las más grandes obras del arte. En semejante infortunio tengo por compañeros á varios críticos de aquí y á numerosos artistas de los que voy á juzgar. Tal declaración ha sido necesaria de mi parte, porque una de las excepciones de incompetencia que suelen oponer los artistas, los profesores y sus patronos, al que como yo se atreve á dar su opinión sobre las obras de Arte, es la de que no ha viajado por Europa y no conoce las obras maestras de los grandes artistas para poder calificar con acierto las obras no maestras de los artistas mexicanos. Parece, según los que así discurren, que para conocer si la forma y el colorido son bellos, si el ideal está bien expresado, si los árboles, los prados, las aguas, las montañas y el cielo están conformes con la realidad, se necesita estudiar todo esto en los cuadros de los Museos de Europa.

A ser cierto, efectivamente yo no podría dar mi opinión, porque no he tenido á mi alcance otro Museo que el de la Naturaleza. ¡La pobre Naturaleza! Además, sospecho que me asiste un poco de sentido común.

Con tan pobre bagaje me he permitido consignar en las líneas que van á seguir, mis impresiones de arte. No pretendo, por lo mismo, darles ningun carácter de autoridad. Hijas del sentimiento individual, no tienen otro sello que el de una severa buena fe.

II

ENTREMOS en la Academia. A la derecha de la gran puerta se halla la sala de escultura de los alumnos: en ella se muestran los progresos de la Escuela, durante dos años (1878-1879).

Con excepcion del busto de la *Niobe* del alumno Schleske, del *Nilo* de Revuelta que parecen regularmente ejecutados; de la *Bacante* y el *Sileno* de Sandoval, bustos originales de un carácter antiguo, y del busto de *Hidalgo* que es un ensayo feliz de Galvanoplastía, lo demas no presenta nada que merezca una atencion particular.

Una observacion: bajo el punto de vista del Arte, habria valido más que el jóven Sandoval hubiese estudiado una bacante furiosa, y no esa cabeza tranquila y dulce que no se llama ba-

cante sino porque está adornada con los atributos de una sacerdotisa de Baco. Sin esos atributos, podria llamarse vestal, mártir cristiana ó simplemente Doña Fulana de Tal, dama de nuestros tiempos.

Estas cabezas que no ofrecen dificultades en su estudio, que no se caracterizan por una expresion especial, no valen la pena de presentarse en una Exposicion. El alumno Sandoval debe, no obstante, continuar en sus trabajos clásicos: ellos le brindan con las más altas inspiraciones del Arte.

En cuanto á las obras del alumno Guerra, hé aquí una opinion como cualquiera otra: La *Virgen María* es vulgar, aunque bonita; la *virgen cristiana en éxtasis* es simplemente una figura sepulcral; el bajorelieve de las *Marías en el sepulcro* de Cristo es frio y sin movimiento. El conjunto, si se exceptúan las formas que pertenecen al arte moderno, parece un bajorelieve de la época llamada *ojival* y que cuadraba bien por su rigidez con la arquitectura de la Edad-Média. En detalle, la frente soñadora, la fisonomía apasionada y crédula de María de Magdala no son esas del bajorelieve; las otras Marías no tienen la actitud de sorpresa vulgar propia de sus naturalezas inferiores, al saber que Cristo ha resucitado. El ángel carece de majestad; es un muchacho que sale de un escotillon. El grupo es desgraciado. Es apenas una circunstancia atenuante la del buen estudio de los paños.

El alumno Guerra muestra una vocacion decidida para las manifestaciones del Arte Cristiano, pero necesita para salir avante en tamañas empresas, de una gran dosis de inspiracion poética y de gran dominio de las dificultades de ejecucion.

Precisamente porque el Arte Cristiano prescribe al escultor salir del dominio de la plástica y remontarse hasta la esfera del sentimiento religioso, las obras, para que sean felices, deben presentar un conjunto de cualidades que arrebaten el ánimo. No es el espectador quien debe ir predispuesto á comprender el pensamiento del artista; es este el que debe subyugar el espíritu del espectador. Así pues, las notas en el catálogo están de más, á no ser que sean necesarias para explicar un asunto desconocido. Los

pasajes del Evangelio están al alcance de todo el mundo y deben ser comprendidos á primera vista, en fuerza de la expresion artística. Y si no se comprenden, basta que se admire y sienta la belleza, que es el primer objeto del arte. Cuando contemplamos el grupo del Laocoon no necesitamos que se nos recite la Eneida de Virgilio para sentir toda la belleza de esa expresion inmortal del dolor, para sentir "esa alma grande que se pinta en medio de los más violentos sufrimientos de Laocoon, y no solamente sobre su rostro," como dice Winkelmann.

Dejemos esta sala triste. Para ser de dos años, es bien pobre el producto que la Escuela presenta en materia de Escultura.

La sala de la izquierda contiene las obras remitidas por particulares.

El *Netzahualcoyotl* del apreciable artista Manuel Islas, afortunadamente es un boceto. Puede variar todavía el tipo del rey-poeta de Texcoco, que como el otro rey-poeta de Israel, David, era un hombre enérgico y feroz, guerrero, valeroso más bien que filósofo apacible. Hay que agradecer al Sr. Islas este nuevo ensayo de estatuaria nacional, aquí donde tan pocos se dedican á pedir á la historia patria sus inspiraciones artísticas.

La obra que llama la atencion y justamente, en esta sala, es el grupo de tierra cocida de Focardi, propiedad del Sr. Ramon Guzmán. Está formado de una vieja que lava á un muchacho, y caracteriza admirablemente la expresion familiar que se halla escrita en inglés, á su pié. En ese grupo sí hay vida, hay movimiento, hay una belleza suprema. El Arte, el verdadero Arte, tiene el privilegio de conmovir, de seducir; el ánimo no es libre, en presencia de lo bello, de sustraerse á su influjo, que es irresistible, así para las naturalezas elevadas como para las organizaciones incultas. Ellas sentirán de diversa manera, apreciarán la perfeccion artística, segun el grado de educacion que posean, pero es indudable que serán unánimes en la admiracion de lo bello. Así, estoy seguro, de que el escaso público mexicano que ha desfilaro delante de ese grupo delicioso de Focardi, del mismo modo que el numerosísimo que desfiló tambien delante de él en la Exposicion de Paris, debe haber llevado una impresion gratísima y duradera.

Allá en aquel grandioso certámen, segun sabemos por los periódicos, llamó la atencion; aquí la llama con mayor motivo, en medio de una sala desierta de obras que pudieran eclipsarlo.

El grupo para el centro de una fuente, boceto original de Fernandez, es gracioso. Está inspirado en los más bellos monumentos mitológicos de la antigüedad. El Caballo marino, la Nereyda, el Neptuno niño, son bien modelados; el dios marino que surge de las ondas para detener el caballo, es un pensamiento feliz y bien manifestado. Aun cuando ese boceto no llegue, en una fuente pública, á constituir una de nuestras bellezas monumentales, él hace honor al talento del Sr. Fernandez, talento clásico y de porvenir. No hay ya en la sala más que dos bellos bustos en mármol, de Napoleon I y de María Luisa, de autor desconocido, y en esa virtud la abandonamos.

Hay que atravesar despues los venerables salones en que se ostentan los maravillosos modelos del Arte Griego, y que desde los tiempos de Carlos IV se hallan allí inspirando á los alumnos de la Academia, lo que era de esperarse, el gusto por los Santos, las Marías y los Calvarios, en que tanto se han ejercitado.

Llegamos á una sala en que hay bustos en mármol. . . ; ah! son los fundadores, protectores, directores y demas personas de la estimacion de los antiguos académicos. D. Manuel Tolsa (es muy justo), D. Javier Echeverría (tambien muy justo), el Sr. Gil (igualmente justo); luego siguen D. Anastasio Bustamante, D. Lucas Alaman, D. Luis G. Cuevas, D. Bernardo Couto, D. Joaquin Pesado, el General Santa-Anna, de uniforme y condecoraciones, y algunos más. . . Ni un solo héroe de la Independencia, ni un solo mártir de la Reforma. Estos tipos no eran del agrado de los antiguos académicos, y parece que no lo son tampoco de los actuales. Eso va en gustos.

Pero siendo hoy una Escuela Nacional de Bellas Artes esta, habria derecho de esperar que el talento de los alumnos se ejercitase en el estudio de alguno de los Padres de la Patria, á fin de eternizar su figura en el mármol ó en el bronce. Habria en ello el doble mérito de rendir un homenaje que todos los mexicanos debemos á los que nos dieron patria, y de estudiar artís-

ticamente algunas de aquellas cabezas enérgicas y hermosas con la hermosura del genio y del heroísmo. Los escultores no perderían su trabajo ni se quejarían por la falta de estímulo y de protección. El Tesoro de la Federación y el de los Estados no podrán tal vez pagar una estatua colosal, pero fácilmente recompensarían el trabajo de un busto. Por ejemplo, si un artista hubiese logrado reproducir el busto del gran Morelos, si hubiese podido hacer vivir en el mármol ó en el bronce aquella cabeza altiva, aquellas facciones acentuadas que expresaban una energía sin igual, aquel conjunto, en fin, en que resplandecía el genio de la guerra, puede asegurarse que más de tres Estados habrían competido para la adquisición de una obra semejante, y que el Gobierno Federal, la ciudad de México, varios Municipios, habrían pedido nuevos ejemplares.

Y lo que se dice del busto de Morelos puede decirse de muchos de nuestros héroes y de los hombres de la Reforma: de Ocampo, de Miguel Lerdo, de Juárez.

Si en vez de consagrarse á esta patriótica y útil tarea, los escultores se dedican á hacer *vírgenes en éxtasis*, ahora que no hay frailes, y que aun cuando los halla no gastan el dinero de la *con-tenta* en comprar imágenes, es difícil que obtengan recompensa en sus trabajos.

Verdad es que los artistas, independientes por carácter, dirán que ellos no obedecen sino á sus inspiraciones, y que el vil lucro no es un estímulo bastante para someter su talento á las exigencias de la vida.

Bien dicho; pero los compradores dirán á su vez que ellos tampoco se consideran obligados á gastar su dinero en obras de arte que no necesitan ó que no les agradan. Cada cual está en su derecho. De ahí resulta que los artistas, por no haber comprendido su tiempo, se quedan pobres y lamentándose de su suerte, y los compradores tienen que acudir á artistas extranjeros en demanda de lo que necesitan.

Continuemos; subamos: la sala de los grabados ostenta sus paredes tapizadas de bellos ejemplares de las más famosas obras.

Veamos los trabajos de los alumnos. Aquí hay algo: dos alum-

nos son los únicos que presentan estudios; pero hay que felicitarlos; su talento promete y sus obras son apreciables. El joven Miguel Portillo, que á una imaginación viva y poética reúne gran afición á la Literatura y vocación entusiasta para las Bellas Artes, se ha dedicado tiempo há á una muy estimable y en la que podrá obtener envidiable reputación; hablamos del grabado al agua fuerte, del Arte que dió á Rembrandt un título más á la gloria, y que lejos de perder la supremacía que conquistó desde su aparición, cada día se consolida en ella, á pesar de los adelantos asombrosos que han hecho en nuestro siglo el grabado sobre acero, el grabado en talla dulce y el grabado en madera, que casi han llegado al *nee plus ultra* de la perfección artística.

Varias son las producciones de este alumno en el bienio que acaba de pasar. Un retrato del *Baron de Humboldt*; una composición original que lleva por título *Mi Madre*, y que se recomienda por su carácter patético; un retrato original del Sr. Lic. Ignacio Ramirez; dos láminas originales, y por último, un grabado en acero tomado del admirable cuadro de Zurbaran *El Castillo de Emaus*, que es una de las joyas de nuestra galería antigua. En todas estas obras el Sr. Portillo ha mostrado cualidades nada comunes como dibujante y como grabador. Quizás el retrato del Sr. Ramirez deja algo que desear como parecido; quizás mayor estudio en las sombras y más delicada aplicación del buril en los contornos habrían sido necesarios en este pequeño trabajo; pero como lo suponemos una improvisación, y además él no es un estudio capital, es disimulable su imperfección, y nos fijamos de preferencia en los grabados de un tamaño mayor. Debe recomendársele el esmero en el *Castillo de Emaus*, hoy sin concluir, porque él tiene que reproducir dignamente en la estampa uno de los más grandiosos cuadros del célebre Zurbaran, cuadro que por la majestad y energía de las figuras, por el asombroso juego de la luz en contraste con la densa sombra del fondo, ofrece enormes dificultades al grabador.

El otro alumno, Ocampo, premiado en la Escuela, presenta algunos grabados en madera. Es verdaderamente lamentable que no se dediquen los jóvenes dibujantes al Arte del grabado

en madera, que está llamado á ser en México, por el progreso de la publicidad, uno de los ramos más productivos. Cuando en Europa y en los Estados-Unidos los adelantos que ha hecho el grabado en madera son, como acabo de decirlo, asombrosos, en México todavía estamos en la infancia, todavía no pueden ilustrarse nuestras obras científicas ó romanescas de una manera agradable, y tenemos que ocurrir siempre á la Litografía para todo, lo que es impropio aunque sea más barato.

Se aducen varios motivos para explicar la poca afición que hay en la Escuela de Bellas Artes para el grabado: todos ellos son contestables. La verdad es que no se quiere cultivar un ramo artístico tan bello como útil.

Ya lo vemos; no hay más que un alumno en la clase. Los que ha habido antes se han contentado con hacer pequeños ensayos y no han emprendido nada digno de atención.

Por eso hay que estimar en el alumno Ocampo el que se haya decidido á consagrarse á un trabajo abandonado por todos. Hay que estimarle todavía más que haya tenido la idea loable de reproducir el hermosísimo cuadro de Sagredo *El Castillo de Emaus*, cuadro que, en mi concepto, es la obra maestra que brilla en la galería moderna de la Escuela, y que constituye por sí solo una gloria para las Bellas Artes mexicanas.

También debe recomendarse al alumno Ocampo el empeño en concluir su obra más difícil todavía de llevar á cabo que la copia del cuadro de Zurbaran; pero cuyo éxito asegurará á su autor un nombre honrosísimo.

La sala del Grabado en hueco contiene trabajos dignos de mención. Los alumnos Torres, Cisneros, García y Ramirez presentan estudios que rivalizan en belleza de ejecución.

Pero tenemos prisa por llegar á las salas de Pintura. Así, echamos una rápida ojeada á los dibujos, litografías y fotografías, que forman diversas secciones, y sin disimular nuestra impaciencia nos dirigimos á ese otro santuario levantado al número de lo bello, y entramos en él, poseídos de una especie de veneración religiosa.

Hé ahí, pues, la Pintura: restreguémonos los ojos.

III

ATOUT SEIGNEUR TOUT HONNEUR. Los cuadros presentados por personas que no son alumnos de la Escuela, reclaman nuestras miradas, de preferencia. Estas personas son artistas ó aficionados que han adquirido cierta notoriedad y que están obligadas á mantenerla cuando no á acrecentarla.

Aquí debe acentuarse nuestro progreso artístico. No se trata ya de muchachos que acaban de soltar el lapicero para empuñar el pincel y que comienzan á aprender la teoría de los colores fundamentales y de los colores mixtos. No se trata ya tampoco de saber si la quincuagésima copia de la *cabeza* de Pina, ó la sexagésima del *Dante* y *Virgilio* de Flores están buenas, ni si los colores chillantes que dominan en esta Academia desde el tiempo de Clavé, que nos quieren hacer pasar como género del Renacimiento y que otros menos resignados llaman género *papilloné*, se hallan bien reproducidos. No, señor; los autores de estas obras son pájaros que han roto el huevo del aprendizaje, son lepidópteros que han dejado la fría película de crisálidas de San Carlos y vuelan hoy al aire libre posándose de flor en flor para libar su